

SANTOS ANÓNIMOS

(MI ABUELA CONSUELO)

La lectura de las vidas de los santos, que la Iglesia ha canonizado y elevado a los altares, casi siempre muestra a personas que han sufrido una larga serie de tragedias, desgracias y penalidades, pero que las han sabido sobrellevar, aceptando con paciencia infinita sus desventuras, poniendo su vida y su destino siempre en la voluntad de Dios.

Cuando llevo mis recuerdos a mi abuela Consuelo, pienso que no serán muchas las personas que hayan sufrido más desgracias que las que ella sufrió y, pese a ello, jamás la vi enojada, pesarosa o abatida, sino que la recuerdo mostrando siempre en su cara una sonrisa plácida y sosegada, preocupada por todos y con todos cariñosa, comprensible y generosa.

Muchas veces he pensado en escribir estas líneas, para dejar constancia de mis recuerdos de niño, de cómo era mi abuela Consuelo, y de todo lo que luego he podido ir conociendo, acerca de las muchas desgracias y desventuras que tuvo que soportar, para que el ejemplo de paciencia



y entereza que dejó su abnegada vida no caiga en el insondable pozo del olvido, al menos entre sus numerosos descendientes.

La abuela nació en Vilaza de Monterrei, el día siete de noviembre de 1871 y fue la segunda hija de un matrimonio feliz, como lo era el que había sido contraído por D. José Chivite Rivera, un joven capitán de Infantería andaluz, que había venido a Vilaza a invitar a su boda, que iba a celebrar en Algeciras, a su compañero de armas Manuel Limia García; pero que al conocer a la hermana de su amigo perdidamente se enamoró de ella, decidió romper su compromiso y se vino a Galicia como capitán del Provincial de Monterrey, casándose con Manuela Limia García en Vilaza, el día 5 de Abril de 1865, y que, como deseado fruto de su matrimonio, en 1869 tuvieron a Encarnación, su primera hija y dos años después a la abuela Consuelo.

Muy pronto comenzaron las desgracias de la abuela, ya que en el año 1878, cuando solo tenía 7 años, inesperadamente falleció su madre y tres años después, en 1881, falleció su padre, de tisis pulmonar, entonces fatal enfermedad que inexorablemente siguió rondando a mi abuela y que, uno tras otro, se fue llevando a sus seres queridos.

Huérfanas de padre y madre, ella y su hermana se fueron a vivir a Vilaza, a la casa de sus tíos, que cariñosamente las acogieron, pero donde de nuevo la muerte rondó a mi abuela, porque allí, en 1885, también falleció su hermana Encarnación,

En Vilaza, después de haber sufrido la pérdida, en solo siete años, de sus padres y de su única hermana, continuó viviendo la abuela, hasta que en el año 1892, con 21 años de edad, contrajo matrimonio con mi abuelo Ramón Taboada Diéguez, a la sazón un joven telegrafista al que habían designado como encargado de la oficina de Telégrafos que se había inaugurado en Verín. con el que vivió unos cuantos años de su vida, que ella decía que habían sido muy felices, aunque realmente –vistos desde la perspectiva actual- tuvieron que ser bastante difíciles y complicados, porque de su matrimonio, en solo diecisiete años, tuvieron diez hijos, ocho varones y dos mujeres y, además, teniendo que convivir, los esposos y su considerable descendencia, en su modesta casa de Verín, con la madre de mi abuelo, D^a Jesusa Diéguez-Amoeiro; con una hermana soltera, Emilia Taboada Diéguez, y hasta con una prima de mi abuelo, Dolores San Román Taboada, que habiéndose quedado huérfana, mi abuelo y su madre habían decidido acoger en su casa, en la que vivió hasta su fallecimiento.

Aunque criar a diez hijos y llevar el peso de una casa en la que convivían quince personas ciertamente no debió ser tarea nada fácil, para mi abuela –según contaba- fueron los años más felices de su vida.



Precisamente de aquellos años es esta fotografía, en la que -presidida por la bisabuela Jesusa- están los abuelos rodeados de sus diez hijos.

Ramón, el mayor, que en la foto es el que lleva sombrero, muy joven opositó y obtuvo plaza en el cuerpo de Telégrafos, y fue destinado a la oficina de Verín, donde su padre era el Jefe, y Nemesio, el segundo, que es el que está a la derecha de tío Ramón, también opositó y obtuvo plaza, pero en el cuerpo de Correos, y fue destinado a Allaríz, donde se casó con Narcisa Martínez.

Todo eran entonces venturas y parecía que las desgracias se habían olvidado de la abuela, pero no se habían terminado, sino que solo se habían tomado un respiro para volver ahora, y, si cabe, con mucho mayor rigor.

En noviembre de 1916 había fallecido su suegra, D^a Jesusa Diéguez, y el 10 de junio de 1922, a los cincuenta y un años, también de tuberculosis pulmonar que no consiguió superar, falleció mi abuelo Ramón, dejando a la abuela con ocho hijos menores de edad a su cargo, ya que los dos mayores, Ramón y Nemesio, que habían opositado y obtenido plazas en los cuerpos de Telégrafos y Correos, se acababan de casar y ya vivían independientes, Ramón en Verín y Nemesio en Allariz.

Una especial circunstancia complicaba todavía más la difícil situación económica, en la que la viudez había dejado a la abuela. Su esposo, que había sido nombrado encargado de la oficina de Telégrafos de Verín, cuando ese servicio público se creó en esta villa, había convenido con el Estado, precisamente en atención a la circunstancia de que él era el jefe de la oficina, cederle en arrendamiento la casa de su propiedad, sita en la calle Mayor, para que en ella se instalasen los locales para los servicios de la oficina, incluidos los de atención al público y, el resto del edificio, como vivienda del encargado de la misma y de su familia. Y ello, con carácter indefinido. Naturalmente, al haber fallecido mi abuelo, si se designaba nuevo encargado de la oficina, ajeno a la familia, ello llevaría consigo que la abuela, sus hijos y las demás personas que con ella convivían, se verían obligadas a abandonar la casa familiar.

Afortunadamente aquel problema pudo resolverse entonces, porque el hijo mayor, Ramón, que había ingresado en el cuerpo de Telégrafos y ya prestaba sus servicios en Verín, solicitó la Jefatura y al no solicitarla nadie con mayor categoría, le fue concedida.¹

La abuela, viuda y con ocho hijos a su cargo, tuvo que tomar entonces graves decisiones: Dos de ellos, Luis y Ricardo, emigraron a Chile, donde los Taboada tenían un familiar, para ir a trabajar en una salitrera que tenía su explotación en Iquique, en la región de Tarapacá, entonces casi ignota del norte de Chile, con muy malas comunicaciones con el resto del país, por lo que durante bastantes años se perdió todo contacto con ellos, y muy grave fuente de preocupaciones para la abuela,

¹ El mismo problema se suscitó años después, al fallecer tío Ramón, pero se solucionó al ser designado como jefe de la oficina tío Jesús, que entonces también prestaba sus servicios en ella, y lo mismo ocurrió al fallecer éste, en 1977, y ser designado yo como jefe de la oficina, en cuyo cargo permanecí, hasta que fusionados los cuerpos de Correos y Telégrafos, y construido el nuevo edificio, el Estado dejó libre y a disposición de sus dueños la vieja casa familiar, habiendo permanecido siempre la oficina de Telégrafos, desde su creación en Verín, hasta su integración con la de Correos, a cargo de tres generaciones de la familia Taboada.

durante todos aquellos años, fue el no saber absolutamente nada de lo que había sido de aquellos dos queridos hijos. Con los otros seis, decidió irse a Madrid, para intentar que ingresasen, los que pudiesen hacerlo, en el Colegio de Huérfanos de Telégrafos, donde pese a que inicialmente le concedieron el derecho a que pudiesen ingresar tres de ellos, menores de 16 años, finalmente solo pudo ingresar Jesús.

De nuevo la maligna enfermedad acosó a la abuela, y otro de sus hijos, esta vez Manolo, contrajo tuberculosis pulmonar, y aunque consiguieron que ingresase en el entonces famoso y prestigioso Real Sanatorio del Guadarrama, allí falleció el 11 de mayo de 1923, cuando solo contaba con 21 años de edad. Tras su fallecimiento, la abuela decidió volverse a su casa de Verín, quedándose en Madrid solamente Jesús, internado en el Colegio de Huérfanos, en el que cursó estudios hasta obtener plaza como Oficial de Telégrafos y también el título de radiotelegrafista.

Ya en Verín prosiguieron las desgracias. Nemesio, el segundo de los hijos, que se había casado en Allariz, falleció de tuberculosis pulmonar, dejando tres hijos huérfanos, que fueron los tres primeros nietos que tuvo la abuela.



En esta fotografía, en la que ya solo están seis de sus hijos, se encuentra, a la derecha de tío Ramón, su esposa Maruja; están sentadas, de izquierda a derecha, tía Dolores; tía Emilia, la abuela y tía Narcisa, ésta ya viuda, acompañada de sus tres hijos.

La siguiente tremenda desgracia que se cebó en la abuela ocurrió en 1936. Su hijo mayor, Ramón, que llevaba ya varios años casado sin haber tenido descendencia, cuando ¡por fin! esperaban el nacimiento de un deseado hijo, el 17 de enero de 1936 nació una niña, pero, como consecuencia del parto, el día 21 de aquel mes falleció su madre, María de la Concepción Romero Cid; y no fue ello lo peor, sino que, según enseguida comprobaron los médicos, la niña padecía una oligofrenia severa, y su enfermedad no tenía posible curación.

Viudo, y con su hija en aquellas condiciones, no le quedó otro recurso a tío Ramón que dejar el domicilio conyugal que había compartido con su esposa, e irse a vivir a la casa de su madre, que desde entonces, a sus muchas preocupaciones añadió la de tener que cuidar y atender casi

permanentemente a su nieta, cuyo estado, según fue creciendo, cada día exigía mayores atenciones y ocasionaba mayores problemas. Yo recuerdo como, muchas veces, al estar dándole la abuela la comida, la niña tiraba y rompía los platos o los vasos que tenía delante, y la abuela, sin enfadarse nunca, recogía todo lo tirado y pacientemente volvía a intentar darle de comer; lo que a veces exigía ímprobos esfuerzos y mucho tiempo de trabajo.

Así fueron pasando cinco duros años, tres de ellos con los problemas añadidos que había traído la guerra civil, y, en el año 1941, desgraciadamente falleció tío Ramón como consecuencia de una bronconeumonía, que sufrió por salir a la montaña para ayudar a una brigada de trabajadores de telégrafos, que trataba de reparar los destrozos que había causado un fortísimo temporal en las líneas telegráficas, que habían dejado a Verín incomunicado.

Fallecido tío Ramón y designada la abuela tutora testamentaria de su nieta, que precisaba de atención y cuidados permanentes, a esa tarea pacientemente continuó dedicándose la abuela, pero las desventuras continuaron acosándola, porque por aquellas fechas se le diagnosticó un cáncer de mama y hubo que practicarle una mastectomía total, que aunque en principio resolvió el problema, pasados unos años la enfermedad volvió a reincidir y su salud se quebrantó considerablemente, hasta el punto de que, en el año 1948, no teniendo ya fuerzas para poder cuidar y atender personalmente a su nieta, se vio en la necesidad de tener que ingresarla en un centro especializado en tratamientos pedagógicos a enfermos de oligofrenia, pero aquella separación, y la lejanía de su nieta, aunque alivió sus trabajos, le ocasionó un tremendo dolor y pesadumbre que ya la acompañó en los dos últimos años de su vida.

La casa de la abuela, en los duros años de la postguerra, cuando el hambre apretaba a tanta gente, era visita obligada de los muchos pobres que iban de casa en casa, llamando a las puertas en demanda de ayuda. Yo tengo un recuerdo nítido, que jamás se me ha olvidado, de lo que ocurrió un día en que a mí me tocaba comer en casa de la abuela Consuelo, donde comía dos o tres veces a la semana, y lo hacía encantado, a pesar de que la abuela nunca me perdonaba la obligación, antes de comer, de tomar una cucharada de aceite de ricino.

—Toma, filliño —me decía siempre cariñosamente. —Que tés que ser grande, e si non a tomas vasche quedar pequeniño. Y yo le hacía ascos, pero siempre la tomaba.

El caso es que aquel día, cuando estábamos todos comiendo, la muchacha que trabajaba en la casa, vino al comedor y le dijo a la abuela.

—Señora, está aí o Manoliño. —Era uno de los muchos pobres que recorrían el pueblo pidiendo ayuda.

—¿Qué quere?

—Di si lle podemos dar algo de comer —dijo la muchacha.

Entonces la abuela —la sigo viendo— que tenía en su plato un filete de ternera, se lo dio a la chica y dijo:

—Toma, lévallo que hoxe non teño ningunhas ganas de comer.

Y seguimos todos comiendo, aunque la abuela solo comió un trozo de pan, porque los filetes que se habían preparado y servido eran los justos.

Así era la abuela Consuelo, que además de sus muchas virtudes tenía unos profundos y acendrados sentimientos religiosos, siendo especial devota de la Virgen de los Remedios, a cuyo amparo siempre acudía cuando tenía alguna necesidad, y a ella especialmente invocaba en los últimos días de su vida, cuando arreciaba en el dolor la cruel enfermedad que padecía, -para la que entonces no existían los cuidados paliativos que ahora existen- dolores que la abuela resignadamente soportaba, conservando plenas sus facultades mentales y el conocimiento de su pronto final, que llegó el día 8 de septiembre de 1950, precisamente el día festividad de la Virgen de los Remedios.

Verín, Noviembre de 2016

Adolfo Taboada Sanz